



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y
SOCIALES

Trabajo de Fin de Grado

**Desafíos y oportunidades en el desarrollo
afectivo-sexual adolescente**

4º Psicología

Ying Hui Yin

Tutora: Alejandra Lucas Coca

3 abril 2019

Índice

- Introducción
- Influencia de los modelos de apego en las relaciones románticas adolescentes
- Influencia de los patrones de crianza en las relaciones románticas
- Influencia de la televisión y de las redes sociales
- Conclusión
- Bibliografía

Resumen

En el presente trabajo, se presenta una revisión bibliográfica, de recientes investigaciones, relacionada con la adolescencia y factores que influyen en el desarrollo afectivo-sexual de los jóvenes. Se considera que existen numerosos factores que influyen en ese desarrollo afectivo-sexual, pero este estudio se centra en aquellos que se encuentran en el contexto familiar. Se destaca el papel de los padres, en cuanto a las estrategias de crianza y el apego, y la influencia de los programas de televisión y redes sociales en el desarrollo de las conductas sexuales de los adolescentes, y en la creación de expectativas sobre las relaciones de pareja.

Se llega a la conclusión de que todos estos factores juegan un importante papel en las relaciones románticas de los adolescentes, y dependiendo de cómo se presenten tendrán unos efectos beneficiosos o no. Lo más indicado sería establecer una relación cercana y afectiva entre padres e hijos, de apego seguro, con padres democráticos; y, además, se insiste en la importancia de los medios de comunicación y en su buen uso.

Palabras clave: Apego, sistemas parentales, patrones de crianza, adolescencia, relaciones de pareja, televisión y redes sociales

Abstract

This paper reviews recent researchs related to adolescence and factors that affect the youth's affective-sexual development. It is considered that there are many factors involved in this affective-sexual development, but this study focuses on those which are in the family context. The parent's role is highlighted, in terms of parenting strategies and the attachment, and the influence of television and social networks are pointed on the development of the sexual behavior in teenagers and the creation of expectations about romantic relationships.

It is concluded that all these factors play an important role in the romantic relationships of adolescents, and depending on how they are presented, it will have positive effects or not. To establish a close and affective relationship between parents and children, a secure attachment, and a democratic parental strategy, would be the most recommended; and, in addition, the importance of the media and its proper use are insisted.

Key words: Attachment, parental system, parenting, adolescence, relationship, television and mass media.

Introducción

El ciclo vital del ser humano en la sociedad occidental está compuesto por diferentes etapas: la infancia, la adolescencia, la adultez y la vejez. En la infancia, los niños dependen de sus cuidadores, que atienden a sus necesidades afectivas, de cuidado y de seguridad, creándose así un vínculo afectivo entre ellos. Este vínculo va a ser muy importante ya que influirá en la capacidad posterior del niño de establecer lazos afectivos con otros (Bowlby, como se citó en Garrido-Rojas, 2006). Los patrones de crianza que adopten los cuidadores van a tener un gran peso en el desarrollo de sus hijos, ya que estos aprenden e integran una forma de relacionarse y comportarse en la dinámica familiar, que se generalizará a otros ámbitos sociales.

Para el planteamiento de este trabajo, es necesario conocer primero qué son el apego y los sistemas parentales. John Bowlby (como se citó en Eceiza, Ortiz, y Apodaca, 2014) define el apego como una vinculación afectiva que se establece, desde los primeros años, entre el niño y su cuidador. Esta vinculación garantiza la satisfacción de las necesidades emocionales básicas y la protección del niño. El estilo de crianza parental se puede entender como un patrón de reacción y actuación que adoptan los padres ante las emociones de sus hijos. Estas conductas crean expectativas, regulan conductas y marcan límites en los menores (Jiménez, 2010).

La adolescencia es un periodo de transición en el que el individuo pasa de su infancia a la adultez (Vargas y Barrera, 2002). En este periodo, se producen cambios físicos, psicológicos, sociales y sexuales, dirigidos a alcanzar la madurez de la vida adulta. Los adolescentes tratan de individuarse (separarse emocionalmente de los padres) y empiezan a tomar sus propias decisiones.

Actualmente en España, los púberes continúan siendo físicamente dependientes de sus padres, la emancipación de los individuos se retrasa y la fase de la adolescencia dura más tiempo. Por tanto, podemos suponer que los elementos que influían en la infancia (apego y patrones de crianza), podrían seguir influyendo en la adolescencia. Otra de las particularidades de la adolescencia tiene que ver con un mayor interés por relacionarse con sus iguales, y algunos inician sus primeras relaciones afectivas y sexuales entorno a esta edad. Según Vargas y Barrera (2002), pasan de una relación de apego con sus padres, a un apego simétrico con los amigos, y empiezan a emparejarse e iniciarse en el ejercicio de la sexualidad (Eresta, Delpino y Rivas, 2013).

En 2013, Eresta y cols. realizaron, en España, un estudio estadístico sobre las relaciones afectivas y la sexualidad en la adolescencia. Observaron que había un adelanto en la entrada a esta etapa, lo que ha implicado también que cada vez haya más casos de adolescentes que tienen relaciones sexuales precoces. Creemos que esto podría deberse a los aspectos fisiológicos que acompañan a la etapa evolutiva, pues se producen cambios corporales y hormonales, que conducen al aumento del deseo y de la actividad sexual, y también a aspectos sociales, como los medios de comunicación, que muestran mensajes sexualizados. La mayoría tienen sus primeras relaciones alrededor de los 12 años, pero encontraron que un 6,2% habían tenido su primera relación de noviazgo entre los 5 y 10 años. En nuestra opinión, es una edad demasiado temprana, estos chicos no son suficientemente maduros como para tener relaciones de noviazgo similares a las que se establecen en la adolescencia tardía y adultez. Seguramente las relaciones de noviazgo sean más infantiles, fugaces y menos íntimas, creemos que a estas edades la pareja todavía no se convierte en una figura de apoyo y cuidado.

Otro resultado interesante de este estudio es que muchos de los adolescentes, sobre todo chicas, habían recibido muy poca o ninguna información, o consejos, sobre la sexualidad por parte de sus padres, y los temas sobre sexo se trataban muy poco en el entorno familiar (Montañés, Bartolomé, Montañés y Parra, 2008; Eresta y cols., 2013). Esta falta de mensajes paternos de carácter preventivo, que podrían ayudar a los jóvenes a desarrollar conductas de cuidado y protección de su salud, puede hacer que aumente el riesgo de embarazos no deseados y que disminuya la conciencia de peligro sobre contraer enfermedades de transmisión sexual (Eresta y cols., 2013).

Los padres deberían comunicarse con sus hijos y tratar la sexualidad como algo natural y normal, ya que cada vez se hace más necesario proporcionar información sobre este tema y a una edad más temprana. El hecho de que muchos padres no hablen de esto con sus hijos no se debe a que no posean conocimientos sobre las relaciones físicas, sino a que no saben cómo ni cuándo dar esta información a sus hijos. Quizás esto se deba a que los padres, en general, tienden a pensar que los hijos son todavía pequeños como para interesarse en el sexo, y quieren mantener su inocencia. También podría deberse a un aspecto cultural, ya que, antes, el sexo era un tema “tabú”.

El principal objetivo de este trabajo es tratar de entender cómo el sistema de apego y el estilo parental pueden influir en el desarrollo afectivo-sexual de los jóvenes. La hipótesis central es que el estilo de apego, los patrones educativos, e incluso cómo perciben la

relación marital de sus progenitores, podría influir en la manera de relacionarse con sus iguales y en la creación de un sentido sano de la sexualidad en el adolescente. También, otro elemento que se pretende estudiar en este trabajo es la influencia de la televisión y de las redes sociales en la conducta del adolescente, y en la idea que se pueden crear sobre el romanticismo y la sexualidad. Estos medios se encuentran muy presentes en la sociedad actual, y lo que se plantea a continuación es que quizás a menor comunicación y expresión de afectividad haya en la familia, mayor será la influencia de lo que se ve en la pantalla en la creación de un ideal del romanticismo.

Por último, esta recopilación de información puede resultar interesante debido a la gran utilidad que podría suponer la proporción de datos a los padres y adolescentes para promover un desarrollo adecuado de los jóvenes, un mayor sentido de responsabilidad y salud sobre la sexualidad. También, conocer estos aspectos puede ser muy útil en el trabajo del psicólogo profesional, ya que aporta datos para conocer, entender y trabajar con los pacientes (y sus familias).

A continuación, se presentarán la influencia de los modelos de apego y cómo va evolucionando el apego a medida que se va desarrollando el individuo. Se expondrán los patrones de crianza, los tipos que existen y cómo influye en las relaciones de los adolescentes. Y, por último, se tratará de exponer cómo influyen los medios de comunicación en estas generaciones.

Conocer la importancia de las vivencias y las relaciones que se establecen en la adolescencia, y cómo estas influyen en el desarrollo de la vida adulta ha sido el motivo principal en la elección del tema del presente trabajo.

Metodología

El presente trabajo pretende realizar una revisión crítica bibliográfica, tratando de tomar información de estudios recientes y actualizados. Para ello, se ha buscado y revisado más de cincuenta artículos, en español y en inglés, de los que se han seleccionado veinticuatro, aquellos que se han considerado relevantes para el trabajo. Las bases que se han utilizado para la búsqueda de artículos son: Scielo, PsycINFO, ScienceDirect y NCBI; y las palabras clave que se han introducido para la búsqueda han sido *apego, sistemas parentales, adolescencia, relaciones románticas, relaciones de pareja, desarrollo*

afectivo-sexual, televisión, redes sociales, medios de comunicación, attachment, parental system, adolescence, romantic relationship y mass media.

Influencia de los modelos de apego en las relaciones románticas

Las primeras relaciones de pareja son muy importantes para la vida social y emocional de los individuos, ya que en ellas aprenden a interactuar con otros de distinto sexo (hablando en este caso de las relaciones heterosexuales), obtienen satisfacción sexual, y obtienen mayor prestigio social, sobre todo si la pareja es considerada deseable para los compañeros (Oliva, 2011). Según los autores Furman y Wehner (como se citó en Oliva, 2011), las relaciones de pareja pueden satisfacer cuatro tipos de necesidades: sexuales, de afiliación (compañía), de apego y de dar y recibir cuidado. Scharf y Mayselless (como se citó en Oliva, 2011) indican que las primeras relaciones suelen colmar las dos primeras necesidades, y con el tiempo se irán estabilizando y las parejas irán convirtiéndose cada vez más en figuras de apego y cuidado. Sin embargo, otros autores, como Brown (como se citó en Vargas y Barrera, 2002), argumentan que el interés principal de los adolescentes en sus primeras relaciones de pareja no es la necesidad de satisfacción sexual, sino más bien buscar su identidad, quiénes son, cómo de atractivos resultan para los demás, aprender cómo interactuar en una relación romántica y ganar estatus en el grupo de amistades. Generalmente, las primeras relaciones de noviazgo forman parte de un proceso de experimentación. Se crean unas expectativas de lo que pueden encontrarse en las relaciones adultas (Barrera y Vargas, 2005), y con el tiempo, se van iniciando en la actividad sexual. Igualmente, la pareja empieza a satisfacer las necesidades socioemocionales, desde apoyo y cuidado, hasta las necesidades de intimidad y afiliación. Una vez que se haya creado un vínculo de apego estable con la pareja sexual, y este haya sustituido al apego con los padres, habrá culminado el curso evolutivo del sistema de apego (Scharf y Mayselless, como se citó en Oliva, 2011).

John Bowlby (como se citó en Balabanian, Lemos y Vargas, 2015), formula la teoría del apego para referirse al vínculo afectivo que se establece entre el hijo, en sus primeros años de vida, con la madre (o figura principal), esta capacidad es considerada innata y necesaria para la supervivencia de los individuos (Barudy y Marquebreucq, 2006).

El individuo, desde que nace, busca una vinculación estable y segura con una persona capaz de protegerlo. El bebé va a buscar proximidad, tanto física como emocional, con

su cuidador principal. Para conseguir esta proximidad, el bebé activa o desactiva el sistema de apego, según el grado de proximidad, empleando herramientas como el llanto, la sonrisa, los gorjeos y gestos (Pitillas y Berástegui, 2018).

El vínculo de apego se construye a partir de la relación padres-hijos y cuatro aspectos del funcionamiento parental: la responsividad, la flexibilidad, la reparación, y la perspectiva. La *responsividad* es la capacidad de los cuidadores de detectar, interpretar y satisfacer adecuadamente las necesidades de sus hijos. Esta responsividad se combina con la *flexibilidad* de los cuidadores para adaptarse activamente al estado y a las necesidades cambiantes del hijo, conforme este crece o varían las circunstancias (Pitillas y Berástegui, 2018). Sin embargo, la responsividad y flexibilidad de los padres no puede ser siempre perfecta y pueden provocarse interrupciones (Beebee y Lachman, como se citó en Pitillas y Berástegui, 2018). Lo que se busca aquí, no es la perfección de los padres, sino que estas interrupciones puedan ser reparadas. Para ello, los cuidadores deben reconocer esas interrupciones y luego adaptar sus respuestas para regular al niño y cubrir sus necesidades. Con la *reparación*, el niño siente que es capaz de transmitir su mensaje y obtener del otro lo que necesita, a la vez que percibe a sus padres como cuidadores fiables; y los cuidadores sienten que son eficaces en el cuidado de sus hijos (Beebee y Lachman, como se citó en Pitillas y Berástegui, 2018). Por último, la *perspectiva* de las figuras de apego es la capacidad que tienen para reconocer la diferencia entre lo que les hace sentir la conducta del niño, y las intenciones reales de éste (Jones, como se citó en Pitillas y Berástegui).

Cuanto mejor ejecuten los padres estos aspectos, más seguridad se generará en el niño (Bakermans-Kranenburg, van Ijzendoorn y Juffer, como se citó en Pitillas y Berástegui, 2018).

Se pueden desarrollar diferentes estilos de apego, los factores como la proximidad que hay entre la figura de apego y el niño, el apoyo emocional que recibe de su cuidador principal, el nivel de ansiedad que siente ante la separación y el grado de seguridad en el niño, son elementos que nos permite identificar un estilo de apego u otro cuando observamos al niño (Oliva, 2011). Los cuidadores actúan como agentes de socialización, transmitiendo los valores sociales y culturales al niño, y a su vez, el niño internaliza la relación, cercanía, la disponibilidad del cuidador, etc., creando así un modelo interno sobre su representación de sí mismo, el mundo y lo que puede esperar de los demás. El apego tiene gran importancia e influencia en el infante, y no solo en la etapa inicial, sino

que sigue influyendo durante todo el ciclo vital (Balabanian y cols., 2015; Oliva, 2011; Garrido-Rojas, 2006). Influye en el desarrollo socioemocional de las personas, por lo que el contexto familiar tiene gran influencia sobre la conducta del individuo (Garaigordobil, como se citó en Balabanian y cols., 2015).

Las estrategias de apego pueden clasificarse en: apego seguro o inseguro, dentro de este último se puede encontrar subtipos como el ambivalente o preocupado, el apego inseguro evitativo o autosuficiente y el apego desorganizado.

Los niños con apego seguro se sienten protegidos y tranquilos con la presencia de su figura de apego. Sin embargo, cuando la figura no está presente, suelen sentir que les invade la angustia, hasta que el cuidador vuelve a su lado, entonces la angustia se desvanece rápidamente. La interacción con el cuidador revela la calidez, confianza y seguridad de la relación (Ainsworth y cols., 1978).

Los niños con apego inseguro ambivalente sienten frecuentemente una angustia exacerbada. Estos interactúan con sus cuidadores, y cuando no están, sienten mucha ansiedad, pero, al contrario que los niños con apego seguro, estos no se calman cuando se reencuentran con la madre (o figura de apego). En la interacción con el cuidador muestran ambivalencia, enfado y preocupación (Ainsworth y cols., 1978). En otro estudio, Kochanska (2001) señala que los niños de este grupo presentan disminuido el desarrollo de emociones positivas, tienden a sentir malestar en situaciones que provocan emociones positivas, y son más temerosos, no solo a estímulos que producen miedo, sino también a aquellos que incitan alegría.

Cuando se trata niños con apego seguro evitativo, estos no muestran mucho interés en la exploración, interactúan poco con sus cuidadores, evitan el contacto y se alejan de ellos, y no muestran preocupación ni angustia en el reencuentro (Ainsworth y cols. 1978). Mikulincer (como se citó en Garrido-Rojas, 2006) enfatiza que se produce una autosuficiencia compulsiva y distanciamiento emocional en los niños con este modelo. Sin embargo, se ha constatado que, aunque estos niños parecen despreocupados ante las separaciones, muestran signos fisiológicos que denotan ansiedad, mantenidos por más tiempo que en los niños seguros (Byng-Hall; Sroufe y Waters; como se citó en Garrido-Rojas, 2006). En la investigación realizada en 2004 por Ahnert, Gunnar, Lamb y Barthel (como se citó en Garrido-Rojas, 2006) demostraron que estos niños presentan mayores niveles de cortisol (hormonas del estrés), llanto y agitación.

El cuarto estilo de apego, el desorganizado, se descubre en estudios posteriores cuando los investigadores observan conductas bizarras en los niños, que no se corresponden a ninguna de las clasificaciones que realizó Ainsworth (Main y Solomon, como se citó en González y Méndez, 2006). En el presente trabajo se comentará muy brevemente este estilo de apego ya que no se han podido encontrar datos suficientes.

Como se recogía en la introducción, en la adolescencia, los jóvenes se distancian de sus padres, pasando a una mayor vinculación con los iguales, la cual irá ganando en intimidad, reciprocidad y apoyo emocional hasta convertirse en relaciones de apego que antes asumían los padres (Collins y Laursen, como se citó en Oliva, 2011).

En 2008, Zeifman y Hazan (como se citó en Oliva, 2011) realizaron un estudio en el que observaron que en la adolescencia temprana los amigos iban asumiendo un papel fundamental en la búsqueda de proximidad y en el apoyo emocional, mientras que los cuidadores seguían siendo figuras importantes que provocaban ansiedad en la separación y eran responsables de crear seguridad.

Sánchez-Queija y Oliva (como se citó en Balabanian y cols., 2015) defendieron la teoría de que los estilos relacionales, los patrones de conductas y las habilidades sociales son aprendidas en el seno familiar durante los primeros años de vida, y estos se generalizan posteriormente al grupo de iguales y otros contextos de desarrollo, pudiendo encontrar de este modo patrones de apego en la adolescencia y adultez similares a las que se establecieron en la primera etapa (Stassen-Berger, como se citó en Balabanian y cols., 2015). Además, estos autores remarcan que, si el individuo puede desarrollar un apego seguro con, al menos, uno de los progenitores, esto será suficiente para que se forme una vinculación positiva con sus iguales.

Para Scharf y Mayseless (como se citó en Oliva, 2011), el acercamiento al grupo de iguales cumple tres funciones diferentes. En primer lugar, ayuda al adolescente en la separación con sus padres, lo que le aporta una mayor autonomía emocional. Segundo, estas relaciones íntimas con los iguales le preparan para las relaciones románticas. Y, en tercer lugar, permite al individuo diversificar la inversión emocional entre las distintas figuras de apego.

Como señalan Grossmann, Grossmann y Zimmermann (como se citó en Balabanian y cols., 2015), cuando se desarrolla un *apego seguro*, el infante tiene más probabilidad de explorar el mundo sobre una base de seguridad y confianza, favoreciendo un adecuado

desarrollo socioemocional en las distintas etapas evolutivas. Bowlby (1973) también habla de la relevancia de la calidad del apego en aspectos como el desarrollo del sentimiento de pertenencia y la habilidad para relacionarse con los demás. Los adolescentes con *apego seguro* se muestran cómodos en las relaciones íntimas afectivas de la amistad (Allen y cols., 2007; Sroufe, Egeland, Carlson y Collins, 2005; Oliva, 2011), y presentan menores índices de ansiedad, hostilidad y estrés que los chicos con apego inseguro (Kobak y Sceery, como se citó en Garrido-Rojas, 2006).

Podríamos decir que estas características podrían favorecer al desarrollo de una relación de pareja saludable, considerando como saludable el que la pareja pueda intimar, compartir sus propios sentimientos y emociones, que cada uno se convierta en la figura de apoyo y seguridad para el otro, y que, a su vez, cada uno pueda mantener su propia autonomía.

En cambio, cuando no se desarrolla una autonomía y vinculación adecuada, puede generar un desapego emocional con los padres y posibles conductas de riesgo. Si los jóvenes no perciben a los padres como fuentes de seguridad, guía y apoyo, y esto se mantiene en el tiempo, aumentará la probabilidad de que se establezca un apego inadecuado con los iguales (Vagas y Barrera, 2002).

Los jóvenes con *apego inseguro ambivalente*, por un lado, muestran interés por la intimidad y buscan apoyo. Pero, por otro lado, tienden a sentir más ansiedad acerca de cómo actuar en las relaciones de intimidad y sobre la disponibilidad y apoyo de los demás. Esta excesiva ansiedad los llevará a un pobre desempeño en las relaciones sociales (SeiffgeKrenke, como se citó en Oliva, 2011). Este estilo puede estar asociado a la presencia de un conflicto interno, que genera emociones de rabia, estrés y estado de ánimo depresivo (Magai y cols.; Crittenden; como se citó en Oliva, 2011), a los que Kerr y cols. (como se citó en Oliva, 2011) añade las emociones de culpa, miedo y alta hostilidad.

Cuando se trata del *estilo de apego evitativo*, los adolescentes suelen tener una comunicación distorsionada y una expectativa negativa de los demás. Sienten malestar al mantener relaciones interpersonales, por lo que se alejan emocionalmente de los amigos. Suelen ser evaluados como hostiles y distantes. Se caracterizan por experimentar sentimientos de ira y hostilidad, aunque tienden a negar sus emociones negativas (Mikulincer, como se citó en Garrido-Rojas, 2006).

Y, sobre el *apego desorganizado*, se podría decir que los chicos que tienen este estilo están divididos por dentro. Por una parte, sienten la necesidad de proximidad y, por otra parte, tienden a desconfiar y defenderse por miedo, pues la figura de apego es percibida también como una fuente de peligro. Es un estilo que está muy relacionado con padres negligentes, maltratantes, con graves trastornos mentales, drogodependencias, etc. (Main y Solomon, como se citó en Pitillas y Berástegui). Esta vinculación puede generar conductas caóticas, confusas y contradictorias en los adolescentes. Suelen sentir ansiedad y encontrar dificultades a la hora de establecer relaciones íntimas y afectivas estables (Horno, 2014), tanto de amistad como de pareja.

En 2002, Ortiz, Gómez y Apodaca, estudiaron la influencia del apego establecido en la infancia, en la expresión emocional, satisfacción sexual y en el ajuste diádico en las relaciones de pareja. Observaron que la creación de un buen vínculo, tanto con la familia como con los iguales, podía tener efectos positivos en las relaciones afectivas posteriores de los jóvenes. Un apego seguro proporciona armonía en las futuras relaciones de pareja. Favorecer la autonomía, desarrollar una buena autoestima, y fomentar una beneficiosa competencia psicosocial, puede ayudar a que los hijos manejen las exigencias de una relación romántica con mayor facilidad (Collins y Strouf, como se citó en Vargas y Barrera, 2002).

Oliva (2011) coincide con la idea de estos autores y añade que las relaciones de amistad y de pareja también pueden contribuir a la modificación de los modelos representacionales construidos. Como las relaciones con los iguales adquieren una gran importancia en la adolescencia, podríamos estar de acuerdo con Oliva. Una persona podría recibir continuamente rechazos por parte de la figura de apego y esto podría generar un modelo representacional negativo, caracterizado por el sentimiento de desconfianza hacia los demás, y una creencia de sí misma como alguien poco merecedor de afecto. Pero si tiene una buena experiencia con amigos, quienes se convierten en una importante fuente de apoyo y afecto, el modelo podría cambiar, pensaría que sí que se puede confiar en los demás y se tendría en mayor estima. O, por el contrario, si la persona en su infancia desarrolla un modelo representacional positivo, pero es continuamente rechazada por sus iguales podría generar una autoestima baja y una visión negativa de los demás.

Ahora bien, ya hemos comentado los distintos tipos de apego y la relación entre estos estilos y las relaciones familiares y de amistad. Procedamos entonces a analizar cómo influyen estos factores en las relaciones de pareja de los jóvenes.

Los adolescentes con modelos de *apego seguro* son los que tienen más facilidad para establecer relaciones de pareja. En las interacciones entre las parejas se observó que los individuos con modelos seguros se implican más positivamente en la relación, ofrecen más apoyo emocional, se sienten cómodos con el contacto físico, muestran más satisfacción y compromiso, y tienen menos conflictos. Según Simpson (como se citó en Oliva 2011), estos sujetos tienden a emparejarse con otros con apego seguro. Sin embargo, los sujetos con un *apego inseguro ambivalente* (o preocupado) muestran ansiedad en las relaciones, tienden a sentir inseguridad y celos injustificados, y pueden iniciarse pronto en la actividad sexual al querer complacer a sus parejas para lograr cercanía (Jones y Furman, 2011). Las personas con *apego evitativo* (o autosuficiente) suelen huir del compromiso, mostrarse más fríos y distantes, e incluso pueden mostrar una inclinación sexual precoz y una mayor promiscuidad, ya que pueden sentirse más cómodos con encuentros sexuales con parejas ocasionales, donde dan más importancia al placer físico que a la intimidad emocional (Jones y Furman, 2011). Los adolescentes con un estilo evitador suelen tener menos experiencias de relaciones románticas. Estos, junto con los adolescentes con estilo de apego ambivalente, son más propensos a mantener relaciones sexuales con desconocidos que los adolescentes con apego seguro (Tracy, Shaver, Albino y Cooper, como se citó en Jones y Furman, 2011).

Influencia de los patrones de crianza en las relaciones románticas

La familia es un contexto en el que los individuos adquieren los primeros hábitos, habilidades y conductas que acompañan a lo largo de la vida (Jiménez, 2010). Las estrategias de socialización que adoptan los padres dentro de este contexto van a influir significativamente en el desarrollo de sus hijos.

Sobre los estilos educativos parentales, Jiménez (2010) defiende la existencia de cuatro tendencias, teniendo en cuenta factores como: el afecto en la relación, el grado de control, el grado de madurez y la comunicación entre padres e hijos.

Uno de los estilos es el *democrático o autoritativo*, que se caracteriza por la manifestación de afecto por parte de los padres. Estos se muestran sensibles a las necesidades de sus hijos y promueven la comunicación abierta; a la vez que ejercen un control firme, utilizando técnicas punitivas razonadas y refuerzos para los comportamientos deseados. Estos padres ejercen un balance equilibrado y sano entre apoyo y exigencias de autonomía (Vargas y Barrera, 2002).

En el *estilo autoritario*, los padres no aportan afecto ni apoyo. Se basa en el control firme y uso de castigos. No existe un proceso de integración de las normas ni valores, sino más bien empuja a la sumisión ante la norma impuesta. La comunicación es cerrada y no hay espacio para el diálogo.

Por otro lado, encontramos el *indulgentes o permisivo*, donde los padres se muestran indiferentes ante las conductas de sus hijos, acceden fácilmente a sus deseos y no imponen autoridad ni restricciones. Aquí los padres muestran afectividad y mucha flexibilidad.

Para algunos autores, indulgente y permisivo son diferentes estilos (Montañés y cols., 2008). En estas dos estrategias, los padres no ejercen control sobre sus hijos, sin embargo, indican una diferencia en cuanto a las expectativas, pues en el estilo permisivo, los padres tratan de fomentar la autodirección, autonomía e independencia, en cambio, los padres indulgentes no poseen grandes expectativas para sus hijos.

Por último, el *estilo negligente*, se caracteriza por la ausencia de control y la falta de afecto por parte de los padres. Los padres negligentes dan poco, y exigen poco.

Dentro de estos estilos educativos, parece que el *democrático* favorece al desarrollo de una mejor socialización y concepción propia, donde los hijos adquieren una adecuada competencia social, mayor autocontrol y autoestima. Poseen un autoconcepto realista y mayor sentido de responsabilidad. Según Montañés y cols. (2008), y Valenzuela, Ibarra, Zubarew y Loreto (2013), estos niños interiorizan normas y valores, toman sus propias decisiones, con la guía y cuidado de sus padres (Small y Kerns, como se citó en Vargas y Barrera, 2002), y por lo tanto suelen ser asertivos y tienen menos probabilidad de que lleven a cabo conductas de riesgo, como pueden ser las actividades sexuales precoces.

Estos estilos educativos parentales no se presentan de forma pura, encontramos diferencias entre madres y padres, pues las madres tienden a adoptar un estilo autoritativo mientras que los padres un estilo autoritario (Rodges, como se citó en Vargas y Barrera,

2002). Además, van cambiando según la etapa de desarrollo en la que se encuentre el niño. Es muy importante que estos cambios en las estrategias que adoptan los padres se adapten adecuadamente al momento evolutivo en el que se encuentran los hijos, promoviendo así la integración de valores, normas de conducta y una adecuada autonomía; lo que influye a la hora de la elección de pareja y en cómo se comportan en una relación romántica (Vargas y Barrera, 2002).

Como comentaron Scaramella, Conger, Simons y Whitbeck (como se citó en Vargas y Barrera, 2002), la afectividad y la involucración de los padres puede reducir el riesgo de que los hijos se unan a grupos de iguales de influencia negativa y asuman conductas sexuales de riesgo. Así mismo, Mounts y Steinberg (como se citó en Vargas y Barrera, 2002) llegaron a la conclusión de que la influencia de los amigos, tanto positiva como negativa, actuaba de diferente manera en función de si el adolescente percibía a sus padres más o menos autoritativos. Podría pasar lo mismo a la hora de elegir pareja, los adolescentes que percibieran a sus padres como afectivos y partícipes, tendrían menos probabilidades de emparejarse con personas de influencia negativa y de asumir conductas sexuales tempranas y de riesgo. Sin embargo, otro estudio llevado a cabo por Thornberry, Smith y Howard (como se citó en Vargas y Barrera, 2002) demostró que el riesgo de embarazos precoces no estaba relacionado con la percepción de calidez recibida de los padres. En nuestra opinión, la afectividad, cercanía e implicación de los padres son igualmente importantes, los hijos que perciben a sus padres como figuras cálidas y comunicativas van a poder buscar su apoyo en momentos difíciles, aceptar sus guías y consejos de cuidado, y a la vez tomar decisiones propias de forma responsable. El efecto de la presión social o grupal se vería disminuida en estos adolescentes y asumirían conductas sexuales más responsables. Además, podríamos decir que, al establecerse una buena comunicación entre padres e hijos, se favorece que temas sobre sexualidad sean tratados de forma más abierta. Sería más fácil tanto para los hijos preguntar a los padres acerca de este tema como para los padres proporcionar información con el fin de promover una visión sana de la sexualidad.

Como señala Simpson (como se citó en Oliva 2011), los adolescentes con apego seguro tienden a emparejarse con otros con el mismo apego. Este apego es considerado como el óptimo para que los jóvenes puedan beneficiarse de un adecuado desarrollo socioemocional. Igualmente, dentro de los patrones de crianza, el democrático es el que favorece a una mejor socialización de los hijos, por lo que podríamos decir que los

adolescentes que crecen bajo la tutela de padres autoritativos escogen a otros iguales como pareja. En cambio, si no hubieran tenido afectividad y buena comunicación con los padres, buscarían emparejarse con alguien que pudiera satisfacer las necesidades que no fueron atendidas adecuadamente en el seno familiar.

La supervisión de los padres también juega un importante papel. Miller, Forehand y Kotchick (como se citó en Vargas y Barrera, 2002) consideran que la supervisión de las actividades de los jóvenes a través del establecimiento de límites, la monitorización de las actividades que realizan y el conocimiento de los amigos de sus hijos; está muy relacionada con un buen ajuste psicológico, que predice la demora del inicio de la actividad sexual y favorece comportamientos sexuales de menor riesgo. Según Miller, McCoy, Olson y Wallace (como se citó en Vargas y Barrera, 2002), los adolescentes con padres moderadamente estrictos eran los que presentaban menores niveles de actividad sexual, los que percibían a sus padres muy severos presentaban niveles mayores a los anteriores, y los que mostraban niveles más altos de actividad sexual eran los adolescentes con padres permisivos o negligentes. Parece sorprendente que los adolescentes que tienen padres estrictos, que ejercen más control y establecen límites de forma más severa, presenten mayores niveles de actividad sexual. Nos imaginábamos a estos jóvenes con una personalidad caracterizada por la obediencia a sus padres. Aunque se podría explicar con lo anteriormente comentado, sobre la inexistencia de una internalización de normas y valores en el estilo autoritario, caracterizada por un control severo por parte de los padres. Sin embargo, otros autores no encontraron relación entre supervisión y práctica sexual en sus estudios (Newcomer y Udry; Udry y Billy; como se citó en Vargas y Barrera, 2002). Con la finalidad de proporcionarles una estructura y guía de comportamiento adecuado, parece recomendable mantener cierto grado de control (inductivo y justificado) sobre los hijos. Y a medida que avanza la adolescencia, los padres podrían ir rebajando el nivel de control para otorgar a los jóvenes una mayor libertad y autonomía. Solo en situaciones especiales tendría sentido mantener una supervisión más estricta, por ejemplo, en el caso de que los adolescentes sean muy inmaduros o frecuenten grupos antisociales y transgresores (Oliva, 2006).

En el estudio de Barrera y Vargas (2005), se analizó mediante cuestionarios aplicados en colegios la influencia de las relaciones familiares sobre las representaciones de autonomía y vinculación romántica de los adolescentes. Observaron que los adolescentes que se comunican abiertamente con sus padres son aquellos que perciben a sus progenitores

como emocionalmente cercanos y vigilantes, y concluyeron que esta forma de relación contribuye a la formación de un buen vínculo afectivo-sexual del adolescente con su pareja.

Así mismo, en el estudio de Auslander, Short, Succop y Rosenthal (2009) encontraron que una estrategia de crianza caracterizada por la aceptación, participación y supervisión está asociada a una mayor reciprocidad en las relaciones románticas de los adolescentes. A su vez, conduce a una mayor satisfacción en las relaciones de pareja. Estos autores coinciden con los anteriores al defender que el estilo parental autoritativo no solo previene conductas sexuales de riesgo, sino que también promueve cualidades positivas en las relaciones románticas de los adolescentes. Al usar estrategias de crianza efectivas aumenta la probabilidad de que los individuos desarrollen competencias interpersonales que luego les permiten alcanzar relaciones satisfactorias.

Las prácticas parentales pueden influir en las creencias de autoeficacia y las expectativas románticas de los hijos. La relación entre padres e hijos caracterizada por la aceptación, el apoyo emocional, la supervisión y comunicación abierta, va a favorecer a los hijos a desarrollar habilidades para afrontar retos del día a día, y a confiar en su propia eficacia. Y no solo eso, los hijos aprenden conceptos y conductas de independencia y vinculación que podrán transferir a las relaciones de pareja; a la vez que se crean expectativas sobre estas (Connolly y Goldberg, como se citó en Barrera y Vargas, 2005). Estas expectativas podrían también estar influidas por lo que observan de otras parejas, como las de sus padres o los noviazgos de los amigos (Bandura, como se citó en Barrera y Vargas, 2005). Aquellas personas más cercanas al adolescente serán las que más influencia ejerzan (Connolly y Goldberg, como se citó en Barrera y Vargas, 2005).

Influencia de la televisión y las redes sociales

La educación de los hijos también ha ido cambiando a lo largo de la historia, y hoy en día podemos ver que los avances tecnológicos han cambiado nuestros estilos de vida.

En concreto, la llegada de la televisión a los hogares ha impactado significativamente en los niños, que pasan las mismas o más horas delante de la pantalla que en la escuela. En un estudio realizado por Barlovento Comunicación, encontraron que en España se

consume una media de 4 horas diarias de televisión (Núñez, 2008). En el estudio de Perlado y Sevillano (2003), se observó que los padres usan este aparato para educar a sus hijos. Utilizan la televisión como premio, entretenimiento, e incluso como compañía. Con frecuencia, los padres no están disponibles para los niños y estos podrían estar viendo la televisión para llenar el vacío afectivo. De este modo, la televisión se convierte en un agente que suple la falta de cariño y comunicación. En otros casos, los padres ven la televisión junto a sus hijos pero, en la gran mayoría, no llegan a comentar con ellos lo que ven. Las horas de ocio en familia se sustituyen por la televisión, lo que hace que disminuya la comunicación y el diálogo intrafamiliar. Este aparato electrónico constituye una fuente de influencia social, ya que muestra patrones culturales y normas sociales que los niños y adolescentes pueden internalizar, sobre todo si los otros agentes socializadores no median adecuadamente (Santoro; Villegas y Correa; como se citó en Vargas y Barrera, 2002).

La televisión ofrece mensajes estético-culturales (Jiménez y Mancinas-Chávez, 2009), a partir de los cuales los niños construyen asociaciones, significados y aprenden valores morales e ideologías. En muchos casos, los niños prefieren ver series donde hay acción y violencia, las buenas actitudes, la importancia del diálogo y el fomento del compañerismo se quedan en un segundo plano. Esto genera menos sensibilidad y mayor tolerancia a la violencia en los niños, además de afectar a sus capacidades de diálogo. De aquí surge una nueva hipótesis, en la que las normas y conductas aprendidas de lo que ven en la televisión puede afectar a sus futuras relaciones.

Podríamos suponer que el hecho de que los niños prefieran ver series de acción y violencia se debe a que son programas que no implican mucho esfuerzo intelectual: son entretenidas, distraen y poseen un ritmo dinámico que capta una atención constante de los individuos.

Ciertos autores (King; Turner y Rubinson; Baron y Byrne; como se citó en Vargas y Barrera, 2002) defienden que los efectos de programas o mensajes televisivos con contenido sexual podrían ser tanto positivos como negativos.

Por un lado, sobre los aspectos positivos, explican que los jóvenes pueden obtener información sobre conductas sanas ante la actividad sexual a través de lo que ven en la televisión. Gracias a ciertos programas, los individuos pueden llegar a conocer qué es la enfermedad del SIDA u otras enfermedades de transmisión sexual, y cómo prevenirlas,

la importancia del uso de preservativos u otros métodos de protección, el riesgo de embarazos a temprana edad, etc. Se ha observado que las personas recurren a este medio para aprender sobre sexualidad. En un estudio realizado por Arenas y Gamarra (como se citó en Vargas y Barrera, 2002) en Bucaramanga, Colombia, hallaron que un 81,3% de los jóvenes consideran que la televisión es una fuente de información sobre sexualidad, y que para el 64,9% de los mismos constituye la principal. Aunque estos datos pueden ser muy significativos, debemos tener en cuenta que se trata de un estudio realizado hace varios años en otro país; estos porcentajes pueden haber variado con la aparición de nuevos medios tecnológicos como las redes sociales, que hoy en día podrían constituir importantes fuentes de información. Además, cabe tener en consideración que en el presente trabajo analizamos en concreto la situación de España, por lo que estos datos podrían variar en relación con los realizados en Colombia.

Por otro lado, respecto a los efectos negativos, señalan que la exposición repetida de imágenes y mensajes sexuales, tanto explícitos como implícitos, puede modificar los valores personales a favor de las relaciones sexuales prematrimoniales, extramaritales y con diferentes parejas simultáneamente, lo que forma un factor de riesgo para la salud sexual. Se encuentra que en muchos programas y series de televisión se muestran escenas donde algunos individuos mantienen relaciones sexuales con otros poco después de una atracción física inicial, sin dejar espacio para construir una relación emocional (Carroll y Roof, como se citó en Vargas y Barrera, 2002). Además, algunos muestran una imagen de la actividad sexual libre de responsabilidades y consecuencias negativas. Pocas veces se ve a los personajes proponer explícitamente el uso de anticonceptivos a la pareja, para evitar contraer enfermedades de transmisión sexual y/o embarazos no deseados. Tampoco se muestran reflexiones morales con respecto a estas prácticas, ni escenas donde presenten discusiones sobre el riesgo o la responsabilidad de la acción que tomaban. Así mismo, Brown y Newcomer (como se citó en Vargas y Barrera, 2002) reportaron que los adolescentes tienen más probabilidad de iniciarse en la actividad sexual a edades tempranas ya que ven más televisión con contenido sexual.

También, otro efecto que se destaca de las representaciones audiovisuales que se muestran en las pantallas, son los estereotipos. Creencias sobre cómo son las relaciones románticas, que algunos autores consideran que tienen un efecto negativo, argumentando que se basan en generalizaciones (Núñez, 2008) y mitos del romanticismo como “la media naranja” (la idea de que la pareja está predestinada a estar junta, y que uno completa al otro).

Podríamos decir que a partir de los mensajes que se muestran en la televisión, los jóvenes se crean expectativas equivocadas de las relaciones de pareja, que luego plasman en sus relaciones. Ideales como el que la pareja puede adivinar lo que piensas o quieres puede minar la comunicación en la relación. Aprendemos la forma de amar a través de lo que vemos, del modelo que se enmarca en nuestra cultura (Guirao, 2012). Por otro lado, los estereotipos que enseñan a través de la televisión no tienen por qué ser considerados negativos. Núñez (2008) argumenta que estas expectativas pueden ser atajos cognitivos que facilitan a los adolescentes su entendimiento del mundo que, si son bien usados, resultan una importante fuente de información.

Con la aparición de Internet, cabe destacar las redes sociales como otra fuente de información relevante. Estas están muy presentes en la vida de los adolescentes, quienes las usan para interactuar y relacionarse con su grupo de iguales, para buscar información, ver vídeos, etc. (Blanco, 2014). Estos medios constituyen una nueva forma de comunicación, que permite a los individuos interactuar de forma instantánea.

Las redes sociales también han impactado en las relaciones de pareja. Permite a los jóvenes hablar y “chatear” durante horas de forma privada, citarse, publicar declaraciones de amor, etc. Sin embargo, se han detectado efectos negativos sobre el uso de este medio. Podríamos decir que las redes sociales constituyen uno de los medios más relevantes en la transmisión de una visión idealizada del amor romántico debido a su alcance. Se muestran imágenes donde hipersexualizan a las niñas y determinan lo que se espera de ellas, y de ellos, en una relación (Blanco, 2014). Se comunican mitos del romanticismo como “la media naranja”, los celos como prueba de amor y, además, incrementan conductas como el control hacia la pareja, aceptado también como muestra de amor (Blanco, 2014).

Brea (como se citó en Pascual, 2016) indica que la infancia es cada vez más corta. Los preadolescentes empiezan a consumir productos audiovisuales que son destinados a los adolescentes, y estos, al mismo tiempo, reciben comunicados destinados a jóvenes y adultos.

Esto nos indica que debería de haber una supervisión de los contenidos que un niño o adolescente puede encontrar en Internet y en las redes sociales, y restringir el acceso del

público a las imágenes que pueden ser perjudiciales en la socialización de los individuos. Además de intervenir para fomentar un juicio crítico sobre lo que ven.

Conclusión

En conclusión, es importante conocer los factores presentados en el trabajo, ya que influyen en una etapa decisiva de las personas caracterizada por los cambios que, según cómo se aborden, tendrán determinados efectos en el futuro. Entenderlos nos permitirá, además de prever cómo será el proceso de adquisición de la autonomía, poder dar unas mejores pautas de socialización a futuras generaciones.

Hemos podido observar que el apego entre padres e hijos tiene una gran influencia en las posteriores relaciones de los hijos. Numerosos estudios explican las posibles, y diferentes, características que pueden generar los distintos estilos de apego en las relaciones afectivo-sexuales de los adolescentes. El apego seguro parece el estilo que más favorece a la creación de un sentido sano de la sexualidad. Los adolescentes que perciben a sus padres cercanos, afectivos, comunicativos y supervisores tienden a ser más autónomos, a confiar en las propias capacidades y ser responsables. Estas características favorecen la creación de una actitud más sana y responsable ante la actividad sexual en el individuo. Es decir, que sea capaz de vincular la afectividad con la sexualidad y que esta se de en contextos de intimidad caracterizados por situaciones de igualdad y confianza mutua; y, a su vez, que adopte conductas como el uso de anticonceptivos, la evitación del consumo de sustancias como el alcohol o drogas, etc., ante la actividad sexual. Y a su vez, un ambiente comunicativo puede favorecer que los adolescentes consideren la guía y consejos que ofrecen sus padres sobre las relaciones románticas. Por el contrario, los adolescentes que tienen un apego evitativo poseen más probabilidad de mostrar una iniciación precoz de la actividad sexual y una mayor promiscuidad, al poder preferir relaciones sexuales con parejas ocasionales. Las personas con apego evitativo o ambivalente son más propensas a mantener relaciones sexuales con otros sin necesidad de intimar.

A sí mismo, hemos encontrado que los patrones de crianza influyen en las relaciones entre familiares y en la conducta o actividad sexual del adolescente. Unos padres autoritativos permiten que el adolescente desarrolle unas buenas habilidades sociales, autonomía y responsabilidad, a la vez que los padres siguen siendo una fuente de apoyo y seguridad.

Podríamos decir que el desarrollo de un apego seguro y de un estilo democrático de crianza son las que más pueden favorecer el desarrollo psicosocial de los adolescentes, por lo que vemos beneficioso promover el establecimiento de estas estrategias. Para ello, creemos necesario crear programas que apoyen a las familias y fomenten la participación de los padres y adolescentes; mejorando la comunicación intrafamiliar, el apoyo, afectividad, y la implicación de los padres. El propósito de este tipo de programa sería que los hijos adopten una conducta responsable y un sentido sano de la sexualidad, a la vez que se crean unas expectativas adecuadas de las relaciones de pareja que se ajusten a la realidad. Además, la aplicación de estos programas tendría otros beneficios como el desarrollo de una buena autoestima y bienestar psicológico de los adolescentes.

Además, tras la recopilación de la información para este trabajo, podemos decir que las relaciones padres-hijos basadas en una buena comunicación, cercanía, afecto, y supervisión moderada favorecerán que los hijos cuenten a sus padres lo que viven, piensan y sienten, de forma espontánea. Y no solo eso, esta combinación, anteriormente mencionada, de apego seguro y estilo autoritativo, podría disminuir los efectos negativos de los mensajes, que aparecen en televisión y redes sociales, sobre el adolescente. Parece ser beneficioso que los padres y los hijos aprendan a utilizar estos aparatos electrónicos adecuadamente, de tal manera que los jóvenes los puedan emplear como herramientas de búsqueda de información ajustada a la realidad. Así mismo, que padres e hijos puedan compartir el tiempo que pasan frente al televisor y, que discutan y reflexionen juntos los mensajes que reciben puede ser importante para alcanzar este objetivo. Reajustar las expectativas de lo que es una relación romántica es muy importante para que la influencia de las redes sociales y la televisión sea menor.

También podríamos proponer un trabajo conjunto entre psicólogos y canales de comunicación para proporcionar a los jóvenes información apropiada sobre educación sexual. Además, se podría ofrecer información que desmienta los mitos del amor romántico, como por ejemplo, el ideal de la media naranja o que los sentimientos de celos son signos de amor.

Con frecuencia, vemos a los padres con dificultades para ejercer un control adecuado hacia sus hijos. Un control excesivo o escaso pueden ser perjudiciales para el desarrollo de los adolescentes. Como hemos podido ver, los adolescentes que perciben muy severos o negligentes a sus padres presentan niveles de actividad sexual mayores (y probablemente de mayor riesgo) que los que tienen padres moderadamente estrictos. Un

trabajo terapéutico importante podría ser esta ayuda a los padres, para que aprendan a ejercer un control moderado, y a desarrollar una buena comunicación y afectividad, para crear un sistema democrático y seguro, ajustado a la edad de los hijos.

Vemos conveniente acompañar estos programas de políticas que promuevan la salud y la educación sexual. Creemos que es necesario informar a los padres y adolescentes sobre los cambios que se pueden encontrar en el proceso evolutivo de la adolescencia, en qué consisten esos cambios y en cómo se debe actuar y afrontarlos de manera que favorezca el buen desarrollo psicosocial de los adolescentes. También informarles sobre sexualidad y conductas preventivas. Es importante que los padres sepan cómo y en qué momento informar a sus hijos sobre temas de sexualidad; y que los jóvenes conozcan los riesgos de la práctica sexual y las conductas que puedan adoptar para evitar tales riesgos.

En el presente trabajo, hemos comentado que el modelo interno que se establece en la infancia, a partir de la relación entre padres e hijos, será fundamental a la hora de entablar relaciones con otros individuos en nuestra vida adulta, como pueden ser los amigos o la pareja. Aquí, hemos encontrado interesante que estas relaciones con iguales, al ser muy significativas, pueden transformar la imagen interna que tiene el individuo sobre sí mismo y lo que puede esperar de los demás.

También nos ha sorprendido que, al inicio de la pubertad, los adolescentes tienden a escoger a sus parejas en función de la aceptación y prestigio que pueden obtener en el grupo de amigos.

Sobre la hipótesis de que la relación marital de los padres puede influir en la manera de relacionarse de sus hijos, no hemos llegado a encontrar muchos datos, pero consideramos que los padres son un modelo a seguir de los hijos, y de ellos aprenden e interiorizan los valores y creencias. Los padres son el ejemplo más cercano para los adolescentes, de los que pueden aprender sobre lo que puede ser, y cómo puede ser una relación afectiva-sexual.

La cultura enseña a los individuos la forma de amar, se crean ideales de lo que es el amor y cómo se demuestra. Y estos ideales son transmitidos a través de las familias, amigos y redes de comunicación.

La forma de estar en la familia, o amigos, puede ser transferida a la forma de estar con la pareja, al igual que la idea de lo que puede esperarse del otro.

Para investigaciones futuras, proponemos que se estudie sobre programas terapéuticos que promuevan una vinculación segura en la familia y sesiones informativas para que los padres sepan adoptar estrategias de crianza favorables para el desarrollo de los niños. La colaboración con los colegios para informar sobre educación sexual sería ventajosa, pues alcanzaría una red muy amplia. Debido a que la adolescencia cada vez empieza antes, vemos necesario que los psicólogos profesionales consulten e informen a estos centros sobre qué cursos deberían de empezar a recibir estas conferencias informativas.

Además, consideramos relevante que se haga más análisis de estos factores para conocer más, sobre todo de los agentes tecnológicos, ya que en la sociedad actual están muy presentes en la vida de los de los niños, son relativamente nuevos y se están dando avances cada vez más rápido. Es importante conocer y predecir qué nuevos efectos pueden surgir y cómo actuar sobre ellos.

Bibliografía

- Auslander B. A., Short M. B., Succop P. A., y Rosenthal S. L. (2009). Associations between Parenting Behaviors and Adolescent Romantic Relationships. *US National Library of Medicine National Institutes of Health*, 45 (1), 98-101. doi: [10.1016/j.jadohealth.2008.12.014](https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2008.12.014)
- Balabanian C., Lemos V., y Vargas Rubilar J. (2015). Apego percibido y conducta prosocial en adolescentes. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 6 (2), 278-294.
- Barrera F., y Vargas E. (2005). Relaciones familiares y cogniciones románticas en la adolescencia: el papel mediador de la autoeficacia romántica. *Revista de Estudios Sociales*, 21, 27-35.
- Blanco Ruiz M. A. (2014). Implicaciones del uso de las redes sociales en el aumento de la violencia de género en adolescentes. *Revista Comunicación y Medios*, 30. 124-141.
- Eceiza A., Ortiz M.J., y Apodaca P. (2015). Apego y afiliación: la seguridad del apego y las relaciones entre iguales en la infancia. *Infancia y Aprendizaje: Journal for the Study of Education and Development*.
- Eresta Plasín M. J., Delpino Goicochea M. A., y Rivas Pérez C. (2013). Relaciones afectivas y sexualidad en la adolescencia. *Liga española de la educación. Ministerio de sanidad, servicios sociales e igualdad*.
- Garrido-Rojas L. (2006). Apego, emoción y regulación emocional. Implicaciones para la salud. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 38 (3), 493-507.
- González Bravo L., y Méndez Tapia L. (2006). Relación entre Autoestima, Depresión y Apego en Adolescentes Urbanos de la Comuna de Concepción, Chile. *Terapia Psicológica*, 24 (1), 5-14.
- Guirao D. (2012). Guía de los buenos amores. *Consejo de la Juventud de Navarra*.

- Horno Goicoechea P. (2014). Apego y adolescencia: Narrándose en el espejo de los otros. *Revista de Formación Continuidad de la Sociedad Española de Medicina de la Adolescencia*, 2 (3), 19-28.
- Jiménez Yañez C. E., y Mancinas-Chávez R. (2009). Children drawing semiotics: a latin american approach about of influence the television on children. Case studies in cities of Chile, El Salvador and Mexico. *Arte, individuo y Sociedad*, 21, 151-164.
- Jiménez M. J. (2009-2010). Estilos Educativos Parentales y su implicación en diferentes trastornos. 3-12.
- Jones M. C., y Furman W. (2011). Representations of Romantic Relationships, Romantic Experience and Sexual Behavior in Adolescence. *US National Library of Medicine National Institutes of Health*, 18 (1), 144-164. doi: [10.1111/j.1475-6811.2010.01291.x](https://doi.org/10.1111/j.1475-6811.2010.01291.x)
- Montañés M., Bartolomé R., Montañés J., y Parra M. (2008). Influencia del contexto familiar en las conductas adolescentes. *Ensayos*, 17, 391-407.
- Núñez Domínguez T. (2008). Los medios de comunicación con mirada de género. *La mujer dibujada: el sexismo en películas y series de animación*. (pp. 139-161). Universidad de Sevilla. Departamento de Psicología Social
- Oliva Delgado A. (2011). Apego en la adolescencia (Attachment during adolescence). *Acción Psicológica*, 8 (2), 55-65.
- Oliva Delgado A. (2006). Relaciones familiares y desarrollo adolescente. *Anuario de Psicología*, 37 (3), 209-223.
- Ortiz Barón M. J., Gómez Zapiain J., y Apodaca P. (2002). Apego y satisfacción afectivo-sexual en la pareja. *Psicothema*, 14(2), 469-475.
- Pascual Fernández A. (2016). Sobre el mito del amor romántico. Amores cinematográficos y educación. *DEDICA. Revista de educação e humanidades*, 10, 63-78.
- Perlado Ekman L., y Sevillano García M. L. (2003). La influencia de la televisión en los niños. *Enseñanza*, 21, 163-178.

- Pitillas C. y Berástegui A. (2018). Las relaciones de apego al principio de la vida. Gedisa (Ed). *Primera Alianza: fortalecer y reparar los vínculos tempranos*. (pp. 43-82). Madrid: Universidad Comillas.
- Salerno A., Tosto M., y Antony S. D. (2015). Adolescent sexual and emotional development: the role of romantic relationship. *Procedia-Social and Behavioral Science*, 174, 932-938.
- Valenzuela Mujica M. T., Ibarra A. M., Zubarew T., y Loreto Correa M. (2013). Prevención de conductas de riesgo en el adolescente: Rol de familia. *Índex de Enfermería*, 22 (1-2).
- Vargas Trujillo E., y Barrera F. (2002). Adolescencia, relaciones románticas y actividad sexual: una revisión. *Revista Colombiana de Psicología*. 11, 115-134.